

pues tuvieron un carácter limitado en el espacio y ninguno se sintió llamado a sustituir a Roma como centro del Imperio. La realidad de unas tradiciones y hábitos singulares colocó en su justa medida unos acontecimientos que para los coetáneos no tenían la condición de críticos; no así para los modernos investigadores, habituados a sociedades y regímenes más estables que han visto siempre como síntomas de decadencia cambios tan rápidos en la suprema institución del Imperio.

La premura de espacio impide seguir señalando interpretaciones novedosas y singulares: dejamos al lector la posibilidad de descubrirlas por sí mismo. Lo que no nos cansaremos de señalar y valorar es el enorme trabajo que subyace detrás de estas páginas; trabajo serio y riguroso que obliga a una lectura respetuosa de unas tesis con las que se podrá estar de acuerdo o no, pero que su sólida consistencia obliga a tenerlas en cuenta. Lo que en definitiva encontrará el lector de este libro es a uno de esos investigadores que se empeñan en seguir el camino de las minorías, al evitar los planteamientos reiterativos y al querer hacer avanzar la ciencia histórica con la apertura de nuevas posibilidades.

El Prof. Karl Strobel es ordinario de Historia Antigua en la Universidad de Tréveris (Alemania). Entre sus publicaciones cabría destacar: *Untersuchungen zu den Dakenkriegen Trajans. Studien zur Geschichte des mittleren und unteren Donaauraumes in der hohen Kaiserzeit*, Bonn, 1984; *Donaukriege Domitians*, Bonn, 1989; *Die Galater. Geschichte und Eigenart der keltischen Staatenbildung auf dem Boden des hellenistischen Kleinasien*, Bonn, 1990.

Francisco Javier Navarro  
Universidad de Navarra

**Schiavone, Aldo**, *La storia spezzata. Roma antica e Occidente moderno*, Quadrante 82, Roma-Bari, Editori Laterza, 1996, 262 p., ISBN 88-420-4850-X, Lit. 35.000.

Premessa. I. Un secolo d'oro. II. Perché non allora? III. La forma nascosta. IV. Effetti ottici. V. I tempi dell'economia. VI. Equilibri duali. VII. Miracolo romano e razionalità imperiale. VIII. Nobili e mercanti. IX. Gli schiavi, la natura, le macchine. X. Lavoro antico, lavoro moderno: filosofi a confronto. XI. Un vicolo cieco fra economia e politica. XII. Come fa la storia. Note al testo.

El confrontar, por medio de recensiones u otros estudios, dos libros originales y bien trabajados que abordan idénticos temas, pero con planteamientos y tesis radicalmente distintos, es altamente formativo a la vez que ilustra perfectamente la riqueza y variedad de la investigación histórica. Este ha sido el objetivo fundamental de presentar estas dos obras recientes que toman posiciones radicalmente distintas ante lo que se ha llamado la crisis del Imperio romano: el libro de Strobel negando la existencia de una mentalidad de crisis y culpando de ello, por un lado, al abuso de algunas fuentes poco seguras y no

representativas, y por otro, a un análisis histórico escasamente riguroso al aplicar sin prudencia a tiempos pretéritos conceptos sociológicos extraídos de épocas modernas. En cambio Schiavone no duda en hablar de crisis y decadencia, y, en concreto, de la decadencia más pavorosa que se ha dado en la historia de la humanidad, que provocó un retroceso generalizado de la civilización de la que Europa no se recuperó hasta el siglo XII, momento –según Schiavone– en el que se volvió a alcanzar los niveles de desarrollo del siglo II d.C.

El profesor de la Universidad de Florencia hace hincapié en que no pretende seguir la tesis de Gibbon y de muchos otros sobre el porqué y el cómo de la decadencia de la civilización grecorromana. Él pretende recoger el testigo lanzado por Rostovzeff en 1926 cuando en su célebre libro «Historia social y económica del Imperio romano» se preguntaba si el Mundo Antiguo no hubiera sido capaz de desarrollarse en una dirección diversa a la que le llevó a su destrucción. El escritor ruso, como muchísimos otros, partía del contraste entre una edad de oro, celebrada tanto por los escritores antiguos como por los modernos, y que había alcanzado su plenitud con Antonino Pío, y un proceso posterior que condujo a todo el Mediterráneo a una decadencia evidente e innegable. De hecho, toda la historiografía sobre el tema, en el fondo, ha intentado explicar el porqué y el cómo de dicha transformación, buscando las razones, básicamente, en los momentos inmediatamente anteriores a la crisis, en los siglos I y II.

Schiavone asume como realidad una gravísima ruptura en la evolución de Europa, que tardó mil años en alcanzar los niveles de desarrollo y civilización, fundamentalmente urbanos, que se habían logrado en el siglo II d.C. Sólo la Europa del siglo XII estaba en condiciones de continuar con la evolución interrumpida, aunque sobre otros postulados y fundamentos. Esta ruptura que no se había producido, en la mismas dimensiones, con anterioridad y que una vez superada, no se va a volver a repetir, pues la Europa del siglo XII evolucionó linealmente y sin tan graves fisuras hasta la revolución industrial. Como Rostovzeff, Schiavone se pregunta si la historia de Roma no pudo haber seguido una evolución sin rupturas, que hubiese unido directamente la Antigüedad con la Modernidad, dando lugar a una Modernidad muy distinta de la que conocemos y a una percepción del Mundo Antiguo también distinta. Y en la resolución de dicha cuestión se encuentra el núcleo del presente libro: el interrogante sobre si la historia de Roma pudo haber sido de otra manera obliga a penetrar en las esencias de lo que fue la romanidad y a navegar con soltura por toda su historia, y no sólo por los acontecimientos inmediatos a la crisis del siglo III. Este objetivo, atrevido y original, honra notablemente la capacidad intelectual de aquel que lo afronta.

Todo el libro de Schiavone está dirigido hacia el por qué la historia de Roma fue una historia rota (*spezzata*) en su previsible y lógica lineal evolución; en qué momento y de qué modo se produjo un desvío hacia un destino desastroso y definitivo. Y la razón última la va a encontrar en la economía y en la estructura económica de Roma. Este trabajo es un profundo análisis de la organización económica romana: especialmente del sistema de propiedad de

la tierra, de las técnicas de producción, de la adquisición e importancia de la mano de obra esclava y del comercio realizado por todo el Mediterráneo.

Antes de comenzar el análisis propiamente dicho, Schiavone ofrece al lector algunas advertencias sobre el carácter de la información que de la economía romana ha llegado hasta nosotros. La peculiar idiosincracia de la sociedad romana ha provocado que no poseamos los medios suficientes para hacer un análisis de su estructura económica como hoy en día puede llegar a realizarse. No existe ninguna obra en la Antigüedad que explique cómo era la economía de tal o cual período, en este o en aquel lugar: la información hay que recogerla a través de pequeñas dosis repartidas en multitud de obras. El trabajo humano organizado, sea en el campo o en la ciudad, era un aspecto necesario, pero del que no merecía la pena ocuparse. La mentalidad profundamente aristocrática llevaba al desprecio de la tareas productivas y a considerarlas propias de esclavos o de las clases más bajas de la sociedad que no podían librarse de tan pesadas cargas. En los siglos I y II, por ejemplo, existían millones de personas en todo el imperio y en todos los niveles sociales desvinculadas de las tareas productivas a las que había que alimentar, provocando una terrible carga para el Estado. De ahí que sea imposible obtener una visión global de la economía romana como puede obtenerse de los tiempos modernos, e incluso medievales. Esta realidad obliga al investigador a una mayor prudencia a la hora de las grandes valoraciones pues le exige el desprenderse de arquetipos y planteamientos, muchas veces innatos, que podrían distorsionar el análisis.

Para conocer el núcleo característico de la economía romana, Schiavone se marca unos amplios límites cronológicos en el que acotar peculiaridades y tendencias: así todas sus reflexiones y análisis se incluirán en la etapa que va desde mediados del siglo III a.C. hasta el siglo II d.C. Es desde el final de la primera Guerra Púnica cuando se introducen los elementos que caracterizarán toda la evolución posterior. Con ello comienza la desintegración del esquema arcaico del pequeño campesino-soldado-ciudadano para dar paso a un comercio que irá tomando cada vez mayores proporciones, a la introducción de la moneda sobre patrones bimetálicos –plata y bronce–, a la irrupción de la esclavitud como fuerza de trabajo y al crecimiento progresivo de la población.

Sin poder entrar en todos los argumentos del libro, no puede por menos de ignorarse la advertencia hacia las visiones excesivamente negativas de la economía romana, que insisten en sus desviaciones y defectos en los grandes sectores. Esta crítica no explicaría, por ejemplo, la brillantez del comercio ni el gran volumen de las transacciones. Schiavone señala que hay que abandonar los esquemas modernos a la hora de juzgar la economía romana pues ésta sigue pautas y comportamientos muy distintos. Si por algo se caracteriza los siglos aquí estudiados es por un equilibrio dual entre economía agrícola y economía de intercambio; algo muy distinto a lo que nos ha acostumbrado la revolución industrial.

Desde el siglo III a.C. se produce un profundo cambio en la economía de Italia: se altera el paisaje agrícola, pasando de la pequeña propiedad al gran latifundio e irrumpe la mano de obra esclava. La República romana experimenta



un rápido crecimiento fundado sobre las conquistas militares, hasta convertirse la guerra en el auténtico motor de la economía. Así se crea, según Schiavone, una espiral o círculo vicioso por el que la guerra lleva a nuevas conquistas, éstas generan abundantes riquezas, para provocar nuevamente guerras de conquista: cada campaña militar se convertiría así en causa y efecto de esta espiral. Pero el enriquecimiento de Roma y de Italia fue tan notable que generó un comercio de altísima calidad y unas expectativas innegables de desarrollo futuro.

Pero estas expectativas, que se anunciaban claramente en los siglos II y I a.C., quedaron defraudadas muy pronto, según Schiavone. El grave problema consistió en que el capital comercial, que se mostraba activismo, no llegó a alterar la estructura agraria, como si sucedió en la revolución industrial europea; resultando así que los dos pilares de la economía tendieron a darse mutuamente la espalda: la agricultura se destinó al sostén de la población y el comercio a proveer de lo superfluo. A partir del siglo I a.C. el comercio dejó de ser el gran motor transformador de Roma que estaba llamado a ser: no se desarrollaron grandes compañías comerciales —las sociedades de publicanos tuvieron una actuación reducida—; no hubo nunca un auténtico sistema de fábricas, ni área, ni ciudades industriales; no existió una burguesía en sentido estricto, animada por otros valores y dedicada al comercio; el dominio total de una aristocracia agraria provocó que los grandes capitales comerciales se inmovilizaran y no mejoraran la producción; el trabajo libre fue sustituido por el esclavo y la población vegetó en las grandes ciudades, desaprovechándose así esta mano de obra; el empleo de una abundante mano de obra esclava provocó un escaso uso de las máquinas, a pesar del enorme pragmatismo de los romanos. En definitiva toda una serie de oportunidades perdidas, que de haber cuajado hubiesen llevado a la Historia por vericuetos muy distintos.

Pero Schiavone no se detiene en esta descripción de hechos o de defectos, por otro lado ya enunciados por otros autores de los que él mismo es deudor, como Finley, Hopkins o Heichelheim. El profesor de la universidad de Florencia, fiel a su propósito inicial de averiguar si pudo haber habido otra evolución posible de la economía romana, señala que sí, pero que el punto de inflexión no se encontraba en los años dorados de los siglos I y II d.C., sino que las expectativas de una evolución lineal se frustraron mucho antes, en la etapa que media entre la guerra social y el ascenso de Augusto al poder. Y la causa de ello la fija en la actitud reacia de la nobleza romana a asumir los cambios de una nueva situación y abrirse a las potencialidades de una Italia urbanizada y más pujante. El mismo autor indica que «el modelo económico de la época de conquista basado en la relación guerra-riqueza-guerra y la combinación de la iniciativa privada y pública había dejado en Italia una gran cantidad de recursos: tierra, mano de obra esclava, liquidez monetaria, conocimientos técnicos; pero también había provocado el surgimiento de fuerzas, ambiciones, expectativas, necesidades de grupo» (p. 189). Pero la no evolución de las estructuras sociales trajo consigo la crisis y el fracaso de esas potencialidades. La llamada de Cicerón al acuerdo de todos los buenos ciudadanos

poseedores, como alma y salvador de la crisis no se confirmó en la potenciación de esta nueva clase social, por encima de los viejos *ordines*, agostando las expectativas. Augusto no supo liderar, según señala Schiavone, el mundo municipal italiano y sólo actuó en aspectos locales y administrativos y favoreció una solución diversa: «la grandiosa estabilización neoaristocrática alteró el papel de Italia en la nueva geometría pluralista y multicéntrica del gobierno del mundo. La nueva aristocracia agrario-burocrática se alejó de la aristocracia protocapitalista itálica. El imperio no unificó la economía provincial sino que creó una red de interdependencia y de relaciones como nunca vista» (p. 202). La no consumación de las condiciones para el salto cualitativo marcó definitivamente el destino del Imperio. El final de la expansión militar y de la economía basada en la guerra y en la esclavitud hizo perder fuerza propulsiva y abortó el tránsito a una economía de paz. Las soluciones básicamente política que intentaron paliar la crisis del siglo III provocaron que la red de interdependencias entre las distintas áreas del imperio dejara de existir, iniciando así una ruptura de la unidad en sus partes naturales.

No cabe duda que las propuestas lanzadas por Schiavone son tremendamente sugerentes. Pocas veces se encuentra en obras especializadas tanta claridad en las afirmaciones y amplitud en los estudios. Sus planteamientos son extremadamente polémicos, pero su carrera científica avala la seriedad de sus trabajos. Con toda seguridad este libro será objeto de encontradas discusiones, y quedamos a la espera de comprobar los futuros caminos de un tema tan apasionante y fundamental como es la justa valoración de la crisis del siglo III y la decadencia de Roma.

Aldo Schiavone es profesor de Derecho romano en la universidad de Florencia. Ha publicado, entre otros libros: «Nascita della giurisprudenza, 1976, 1977<sup>2</sup>», «Alle origini del diritto borghese. Hegel contro Savigny, 1984», «Giuristi e nobili nella Roma repubblicana, 1987, 1992<sup>2</sup>»; con Andrea Giardina ha publicado «Società romana e produzione Schiavistica, 2 voll. 1981» y recientemente ha dirigido con Arnaldo Momigliano una gran obra colectiva «Storia di Roma, 1988-1993» en la editorial Einaudi.

Francisco Javier Navarro  
*Universidad de Navarra*